XII

El Retrato.

El mencionado Deán y Cabildo erigieron á la memoria del Illmo. Sr. Toral el retrato que se conserva en la Sala Capitular, aunque creemos que después se copiaría, por el mal estado en que vendría á parar el cuadro original. Tiene la cifra N. 1, en cuanto que fué este personaje el primer Prelado que gobernó la Diócesis, pero yá sabemos que era el cuarto en cuanto á la institución. He aquí á la letra la inscripción del cuadro, y sirva en conclusión como resúmen de este relato biográfico:

«El Illmo Sr. D. Fray Francisco de Toral, del Orden Seráfico, natural de la ciudad de Ubeda, fué electo Obispo de Yucatán el 19 de Noviembre de 1561, tomó posesión en 15 de Agosto de 1562. Siendo Prelado de su Religión en México, asistió al Primer Concilio celebrado el año de 1555, por el Illmo Sr. Montufar; después asistió al Segundo Concilio como Obispo de estas Provincias, celebrado por el mismo Sr. Montufar (1566). Murió [en México] por el mes de Abril de 1571, y fué sepultado en la Iglesia de San Francisco de aquella Corte.»

Copia fiel de dicho retrato es la que aquí se acompaña.

EL ILLMO. SR. D. FRAY DIEGO DE LANDA

I

El Misionero de la Cruz.

El inmediato sucesor del Illmo. Sr. Toral, fué su famoso contrincante y cohermano en Religión, el misionero evangélico D. Fray Diego de Landa, de ilustre linaje, y cuya vida, fué toda para Yucatán, desde el principio del nuevo origen histórico de esta Península. Por lo mismo, mucho hemos tenido que decir de este personaje en lo que dejamos escrito, y que en parte nos verémos obligados á repetir aquí al tratar más directamente de él. A pesar de los muchos documentos relativos que á la vista tenemos, no encontramos consignados los nombres de sus padres, ni el día de su nacimiento, pero consta que era hijo de la distinguida y noble familia Calderón y que vió la luz primera en la Alcarria, en la villa de Cifuentes, antiguo reino de Toledo. Todos sus biógrafos aseguran que vino á Yucatán á la temprana edad de veinticinco años, y como este suceso tuvo lugar el año de 1549, es claro que nació veinticinco años atrás, de modo que por esto y á juzgar por su nombre de bautismo, se infiere que la fecha de tal nacimiento fué el 12 de Noviembre de 1524, pues si bien es cierto que la canonización de San Diego de Alcalá fué posterior, esto es, en 1588 por el Papa Sixto V, también lo es, que aquel gran siervo de Dios había nacido para el cielo con su gloriosa muerte desde el 12 de Noviembre de 1463, y que desde entonces y por el culto previo de Beato, se propagó mucho su devoción y daban con más frecuencia aquel nombre á sus hijos los piadosos padres españoles.

Diego de Landa se hizo notable desde sus primeros años por la elevación de su ingenio, por su ansia de saber, por el cultivo de las cristianas virtudes, y por la fuerza de su caracter siempre

firme, audáz, valeroso y constante. Solo contaba diez y seis años de edad cuando tomó el hábito religioso, profesando en la Orden franciscana, en el Convento de San Juan de los Reyes de Toledo, haciendo allí con singular aprovechamiento los estudios de humanidades, filosofía, historia, teología y derecho pontificio. Apenas se ordenó de Sacerdote, á los veinticinco años de su edad, que encontrándose con el P. Fray Nicolás de Albalate, enviado desde Yucatán, como recordarán nuestros lectores, por el Rmo. P. Fray Juan de la Puerta en busca de misioneros, que se ofreció con espontaneo y heróico sacrificio, á ser uno de los obreros evangélicos de esta tierra, que comenzaba entonces á ser regada con los sudores de los apostólicos varones que venían á civilizarla. El P. Albalate volvió á nuestras playas en el mes de Agosto de 1549, trayendo los seis Religiosos que, por vez primera, venían directamente de Europa á esta nueva Iglesia, pues los otros, aunque españoles, habían procedido del número de los que vinieron destinados á México y Guatemala. Los mencionados seis Religiosos eran Fray Diego de Landa, Fray Francisco Navarro, Fray Antonio de Valdemoro, Fray Antonio de Figueras, Fray Pedro de Noriega y Fray Alonso de Alvarado.

Inmediatamente que llegaron estos Padres, reforzando á los pocos que aquí había, se celebró un Capítulo Custodial el día 29 de Septiembre, y Fray Diego de Landa resultó asignado al Convento de Izamal, de que fué nombrado primer Guardián el ilustre Fray Lorenzo de Bienvenida.

El P. Fray Luis de Villalpando que, como ya saben los lectores, tiene la gloria de haber sido el proto-lingüista maya, por haber sido el primero en estudiar profundamente el idioma yucateco y reducirlo á reglas de arte, fué según dicen algunos de nuestros historiadores, el maestro del P. Landa en dicho idioma, que debía ser y era en efecto, el primer estudio que hacían los Religiosos al poner los piés en este suelo. Aventajó de tal suerte el discípulo al maestro que este dijo de aquel, según asegura el P. Fray Bernardo de Lizana en su *Historia de Yucatán, Devocionario de Nuestra Señora de Izamal y Conquista espiritual* (*Segunda Parte, Cap. VI.*) «que luego que llegó este santo varón Landa á esta tierra, dió muestras de lo que había de ser.» Y añade estas otras palabras: «Y como el santo Fray Luis, su maestro, fué el que compuso el Arte sin maestro, algunas reglas no había importantes en él, y así el bendito Fray Diego de Landa las añadió y dió perfección á todas, que creo que hasta hoy (*1629*) no se ha añadido ninguna, ni se tachó por mala ni defectuosa, antes por ser muchas, y que era muy difícil apercibirlas. En breve tiempo han quitado la muchedumbre y reducido las frases y modos, que bastan á que con facilidad se aprenda, y es cosa misteriosa que los que de España aquí vienen Religiosos, en dos meses aprenden el arte comunmente, y en pocos días predican á los naturales que acá nacen, y en saberla con perfección es sin duda son más diestros los que la sabían por arte, que los que de su natural aprenden, por ser aquí nacidos, ó desde niños criados, y es lengua tan copiosa que no hay darle fondo, y tan bien asentada en sus propiedades, que todas sus palabras, así verbos como nombres, tienen su denominación en causas naturales y propias, y algunos llaman á la lengua yucateca bárbara, y es porque ellos lo son, que juzgan como el ciego de colores.»

El P. Fray Diego López de Cogolludo en su «Historia de Yucatán» (*Lib. V. Cap. XIV.*) dice sobre esto: «El que más presto y con mayor perfección la supo (la lengua), fué el P. Fray Diego de Landa, de quien se dice no sin admiración, que á pocos días la hablaba y predicaba como si fuera su lengua nativa. Por causa de haber compuesto su maestro el P. Villalpando el Arte sin reglas de dirección precedentes, pareció haber en él algunas no necesarias. Quitólas el P. Landa y aumentó otras que lo parecían, de suerte que en ninguna se ha hallado defecto, solo que por parecer muchas, y por el número difícil enseñarle presto, se redujo después á las necesarias para aprender el idioma, en la forma que hoy se nos enseña, (1) recopilado por el P. Fray Juan Coronel que le dió á la estampa.»

Maestro así en el idioma indígena Fray Diego de Landa, y autor del *Arte perfeccionado*, superior á todos en esto, sin exceptuar á su propio preceptor, hablando con admirable propiedad y grandísima elocuencia aquel idioma tan rico y tan expresivo, no se contuvo su celo entre los límites del territorio de Izamal, sino que

(1) Esto decía Cogolludo á mediados del Siglo XVII. Más adelante se escribieron otras Gramáticas.

obtenida la bendición y licencia de sus Prelados, tomó la Cruz y el libro santo, y fué á recorrer en cumplimiento de su misión evangélica, las diferentes zonas de la Península, hasta los más apartados y lóbregos rincones del centro, del oriente y del mediodía. ¡Qué valor y esfuerzo, qué constancia, qué abnegación no eran necesarias para proceder así discurriendo entre gentiles, entre pueblos indómitos, recien sometidos sólo á fuerza de largos años de combates! A pié y descalzo, vestido de tosco sayal en un clima ardiente, caminando leguas tras leguas, sin repuesto de vestidos para mudarse las ropas, en un país en que el calor tropical que abrasa y baña en sudores hace desfallecer á los caminantes; sin más alimentos que tortas de maíz y chiles, legumbres y carnes monteses; expuesto á la fiereza de los animales y á la ponzoña de los reptiles y de los insectos; aquel jóven misionero iba á buscar á las numerosas familias dispersas por los bosques para iluminarles la inteligencia y adoctrinarles el corazón; porque á consecuencia de las guerras de conquista y del trato cruel y bárbaro que los soldados españoles daban á los indios, estos huian de lugares poblados y se iban á ocultar por los solitarios montes. Llevarles, pues, la dulce palabra de paz y de amor, tratarles como á hermanos, atraerlos para reconstituirlos en forma de comunidad y pueblos organizados, á fin de poder civilizarlos mejor, como cristianos y como ciudadanos, he aquí la tarea de los misioneros, he aquí la obra especial que tan á pechos tomó Fray Diego de Landa, y muchos de los pueblos que ahora forman el mapa del Estado, son la obra viva de aquel apóstol incansable de la fé. Por el oriente penetró en las provincias de Valladolid hasta las orillas del mar, y por el sur no fueron barreras que le estorbasen las serranías que subió; y traspasando al otro lado, anduvo siempre en busca de las ovejas del Buen Pastor, que catequizaba y á millares bautizaba.

En aquella región de la sierra y entre los indios de Maní, que ya eran cristianos, supo, que en las asperezas del monte, en un lugar llamado *Yokuitz*, que significa *Sobre el monte*, se hallaba una multitud de indios idólatras acaudillados de sus sacerdotes, con el manifiesto deseo de que el *Misionero de la Cruz*, como llamaban al P. Landa, porque siempre la llevaba como un estandarte en la mano, se presentase entre ellos, con el objeto de prenderlo y sacrificarlo á sus dioses. «Habían trazado–dice Cogolludo hablando de aquellos indios–una solemnísima idolatría y esto con publicidad bastante, para que llegase á noticia del P. Landa, teniendo por cierto que en sabiéndolo iría allá para evitarles la ejecución de su intento, y que en llegando le habían de quitar la vida sacrificándole á sus ídolos y después comérsele.» Impávido el misionero, tomó su Cruz y se fué sin más compañía que la de Dios, al lugar indicado, y al tiempo oportuno. Por su natural caracter era imperturbable y valeroso, y por la gracia divina de apóstol, iba con la serena calma que es inseparable de la seguridad y confianza del que sabe que de todas maneras va infaliblemente ganando. ¿Triunfa sobre los gentiles dominándolos con la virtud de la palabra evangélica? Pues él es dichoso, porque ha conquistado aquellas almas para Dios y para la civilización. ¿Sucumbe bajo el filo mortal de las hachas de pedernal, bajo el golpe de las macanas, ó bajo la lluvia de las flechas? Pues también es dichoso y acaso más, porque logra la corona del martirio y lejos de perderse su sangre derramada, fecundizará para la fé aquella tierra de sus fatigas y sudores, porque el mérito de su sacrificio traerá para ella frutos de bendición. Este es el secreto del valor apostólico, esta la fuerza que ha venido cambiando la faz del mundo hace diecinueve siglos. El P. Landa se presentó, pues, á tiempo que los sacerdotes de los ídolos estaban pintados de piés á cabeza, con ciertos ungüentos multicolores que usaban para los actos y ceremonias idolátricas, desgreñada la suelta cabellera, coronadas de plumas las cabezas, y armadas las manos de cortante pedernal, estando los demás indios aprestados con sus arcos y sus flechas ante las estátuas de sus dioses, y en contorno de grandes cántaras de *balché*, licor embriagante. Levantó por encima de la cabeza su Cruz, y con todo el torrente de su voz, que era majestuosa y grave á la vez que dulcemente argentina, clamó diciendo: *Ecce crucem Domini, fugite partes adversæ.* Y luego en el maya más puro y claro, insinuante y expresivo, les anunció á Cristo, les predicó el Evangelio.

Si la elocuencia humana produce portentosos efectos, ¿qué de extraño hay en que de la palabra divina broten verdaderas maravillas y prodigios? Si el Divino Maestro mandó que se predique el Evangelio á toda tribu y nación, ¿cómo no había de estar